

## LUIS G. URBINA

Nació en México, D. F., 8 de febrero de 1864, murió en Madrid, España, el 18 de noviembre de 1934.

Uno de los poetas más sensibles del México moderno fue sin duda Luis G. Urbina. El Viejecito, como todo el mundo le llamó con cariño, llenó una época de nuestras letras. Poeta por antonomasia, cultivó con esmero la prosa, principalmente dentro del periodismo, en el que se ocupó de crítica literaria, sucesos del día, crónica teatral y crónica social como también lo hizo Gutiérrez Nájera. Formado al lado de Justo Sierra, le guardó toda la vida gran devoción. Ocupó la dirección de la Biblioteca Nacional, vivió exiliado en Cuba y años más tarde se le designó para proseguir la misión que cumplía don Francisco del Paso y Troncoso en Europa. Urbina, conocedor de sus limitaciones, no continuó la amplia labor del señor Paso y Troncoso, sino que dedicóse tan sólo a buscar en los archivos españoles material relativo a la Independencia, tema que le había interesado desde los años en que en unión de Nicolás Rangel y Pedro Henríquez Ureña, preparara la *Antología del Centenario* y en la cual escribió *La literatura mexicana durante la guerra de Independencia*. Añorando a su patria, murió en Madrid. Sus libros pasaron a la Biblioteca Nacional de México, y parte de su epistolario sentimental conservaba Alfonso Reyes.

Entre sus obras cuéntanse, además de la *Antología del Centenario* (1910); *Bajo el sol y frente al mar* (1916); *Cuentos vividos y crónicas soñadas* (1915); *Estampas de viaje. España en los días de la guerra* (1920); *Hombres y libros*; *Psíquica enferma* (1922); *Lámparas en agonía* (1914); *Luces de España* (1923); *Retratos líricos* (1946), etc.

A sus trabajos hacen referencia: José Rojas Garcidueñas, "Joyas literarias. Un manuscrito de Urbina" *BSSHCP*, No. 87, 6 diciembre 1956, p. 1, 5; Porfirio Martínez Peñalosa, "Preludio de un centenario, Luis G. Urbina", *El Nacional*, Suplemento dominical, 5 de mayo de 1963; Andrés Henestrosa en varias "Alacenas de minucias" en *El Nacional*, 26 de abril de 1959 y 11 de septiembre de 1960. Más ampliamente Julio Torri en su Prólogo a la selección de *Crónicas*, México, Ediciones de la Universidad Nacional Autónoma de México, 1950 (Biblioteca del Estudiante Universitario); Antonio Castro Leal en los prólogos que hizo para *Cuentos vividos y crónicas soñadas*, México, Editorial Porrúa, S. A., 1946 y de las *Poesías completas*, México, Editorial Porrúa, S. A., 1946; Carlos González Peña en las páginas preliminares a una selección de *Prosas*, México, Secretaría de Educación Pública, 1946 ... p; Manuel Toussaint en los Apuntes críticos a los *Poemas selectos*, México, Tip. Mur-

guía, Cultura, 1919; Alfonso Reyes en la *Recordación de Urbina* que aparece en la edición de *El cancionero de la noche serena*, México, Imprenta Universitaria, 1941, en donde Gabriel Alfaro escribió un trabajo nominado *Los últimos pájaros de Urbina*; José Luis Martínez le dedica hermosos trozos en *Literatura mexicana del siglo XX*, México, Antigua Librería Robredo, 1950. Un estudio ceñido a sus crónicas es la tesis de Carrie Odell Muntz, *Luis G. Urbina cronista*, México, D. F. [s.e.], 1954, 90 p. y en otro estudio complementario del mismo autor: *Crónicas cromáticas por Luis G. Urbina*. Selección y prólogo de . . ., México, Instituto Lingüístico de Verano, 1954, IV, 147 p, en los que enlista las crónicas de Urbina publicadas en *El Siglo Diez y Nueve* (1891-93); *Revista Azul* (1894-1896); *El Universal* (1895-96), *El Mundo Ilustrado* (1906-1912), *Excelsior* (1921-1922) y *El Universal* (1924-1930) y también publica algunas. Ernesto de la Torre tiene concluido amplio estudio acerca de sus intereses históricos y su labor en España.

Fuente: Luis G. Urbina. *La vida literaria en México*. Madrid, publicado por Imprenta de los hermanos Sáez, 1917. 299 p., p. 150-160 y 168-174.

#### ROMANTICOS MEXICANOS

Muy otros eran los literatos de las clases medias. La educación de éstos había sido una especie de "mecanismo comprimente que a veces atrofiaba las energías psíquicas intelectuales, y sólo dejaba campo a la emoción, al sentimiento. Salían de las escuelas e intentaban una reeducación que, como un viento huracanado, barriera en su cerebro el polvo de la rutina y el prejuicio. De moda comenzaba a estar inspirarse en el ateísmo, en el *Diccionario filosófico* de Voltaire, que era un buen disolvente, pero no un buen reconstituyente. Y si la Iglesia —afirma un historiador— en aquellos dramáticos días se ponía del lado de los intereses coloniales de España, en suma, una selección de emancipados intelectuales se puso decididamente del lado de la libertad, y aun teniendo abajo la masa ignara que se movía instigada por una superstición de carácter religioso, pretendía sustituir la religión de Roma por la religión de la patria. Por eso luchaba y exageraba su incredulidad y su impiedad."

De esos centros de rebelión salieron —era lo natural— los románticos mexicanos. Salieron desenfrenados, incorrectos, desbaratando reglas, rompiendo disciplinas, en un libertinaje retórico y prosódico que ponía espanto en el bando aristocrático

de los clásicos a la española. El gemido *esplenético*: el sentimentalismo que se torna sensiblería, la vaguedad ideológica, la desesperación y el hastío, la duda del bien, la obsesión de la muerte, el vuelo lírico cortado bruscamente por la salida sarcástica, todo Byron a través de Espronceda, eran la seducción de aquellas generaciones literarias, que se encontraban preparadas, organizadas, diré mejor, para la imitación más o menos superficial. El autor de *El Diablo Mundo* los llevaba a los frenesíes del romanticismo inglés y el duque de Rivas y Zorrilla los inclinaban al romanticismo legendario. La melena, la palidez, la misantropía, entraban de rondón en nuestras costumbres mexicanas. Todo el mundo quería ser romántico; es más, todo el mundo lo era. Y había quien por acercarse al original imitaba la cojera del genial Jorge Cerdán. Era preciso que delante de estas extravagancias, para modificarlas y atemperarlas, surgiese la burla, sonriese la ironía, brincase, como chico travieso, el epigrama. Los escritores costumbristas retratan risueñamente las escenas chuscas y los cómicos lances de nuestro ultrarromanticismo.

Pero no eran sólo los españoles los que nos contagiaban su fiebre, eran los franceses, que ya empezaban, aunque poco, a ser leídos directamente.

Dos jóvenes, de 1830 a 1840, pueden representar, francamente definidos, los albores románticos de México: don Ignacio Rodríguez Galván, don Fernando Calderón.

Rodríguez Galván era un mestizo triste. Dependiente de una librería en su mocedad, encontró allí fuente rica en que saciar su sed espiritual. Allí estudió, devorando volúmenes. Allí probablemente, escribió también sus primeros versos. La figura morena de este muchacho barbilampiño, de ojos negros y pelo lacio, cruza silenciosamente por el fondo de llama y humo de aquel período histórico. Parece que cruza distraído, con su melancolía hereditaria, y que va cantando en voz baja. Amaba a una mujer; amaba la gloria.

Este poeta, cantor del desengaño y del pesar, y que murió en plena juventud, lejos de su país, en la Habana, tiene dos particularidades: la de ser un creyente, más, la de ser un observante y la de buscar los asuntos de sus poemas y de sus dramas —porque era también autor dramático— en la leyenda y en la historia del país. Poetiza la vida de México. En sus versos líricos hay a cada instante reminiscencias regionales, descripciones precortesianas, panoramas y paisajes de nuestros valles. Los nombres de poemas y piezas dramáticas

de Rodríguez Galván son por sí mismos evocadores y aclaratorios: *La Visión de Moctezuma*; *La Profecía de Cuatimoc*; *El Privado del Virrey*; *Muñoz el visitador de México*.

¡Cuán distintos estos nombres de los que su contemporáneo don Fernando Calderón, su romántico compañero, puso a las producciones teatrales que salían de la pluma de éste: *El Torneo*, *Ana Bolena*, *Hernánd a la vuelta del Cruzado*! Y es que Calderón, hijo de padres criollos, tenía otro concepto de la vida, el concepto caballeresco, y buscó en las guerras de las Cruzadas o en las páginas de la historia y de la novela inglesas, asuntos para su inspiración.

Pero es de notar que si en los temas hay divergencias entre Calderón y Rodríguez Galván, en el modo de rimar, en los procedimientos retóricos, en la impetuosidad del estilo, en la irregularidad de la dicción y de la retórica, en los prosaísmos, hay semejanzas. Representan no sólo una escuela, sino una época. Y representan también una clase social.

### *Escritores de la Reforma*

Al llegar el año de 1850, treinta y nueve años después de la Independencia, se complica, se intensifica la vida mexicana. Es una vida violenta, de acometividad, de pugna incesante, de interés y aspiraciones. Comienza aquí la época que, en nuestra historia, llamamos de la Reforma. Una caprichosa dictadura militar y una invasión yanqui, injustificada y cruel, habían debilitado y exasperado una sociedad, atacada incidentalmente de neurastenia aguda, por efecto de repetidas y bruscas impresiones. Y la vibración y la exaltación de los espíritus se reflejó en las letras.

No sólo en las políticas, en las arengas revolucionarias, en los discursos de elocuencia encendida, en los periódicos, en que flameaban las cláusulas declamatorias, sino en los versos más gemebundos, de una idealidad más difusa y confusa; en la novela y el cuento, que pintaban, no como en tiempo del *Pensador*, hombres y cosas de la realidad, sino fábulas extraordinarias, acciones sublimes, personajes superhumanos, maldades diabólicas y virtudes angélicas. El teatro, el libro, la estrofa, abultaban, desfiguraban la existencia. Epoca de sollozos y cantares, la llama un historiador. Don Fernando Orozco publicó por entonces *La Guerra de Treinta Años*, una novela de pasión y desencanto, de un pesimismo negro y preñado de rayos, como cielo de tormenta. El interés de este libro y de otros, como los

cuentos de Juan Díaz Covarrubias, como las leyendas de Florencio María del Castillo, como *Una rosa y un harapo*, de José María Ramírez, estriba en la pintura del medio aquél, hecha a la manera romántica, por supuesto, con un subjetivismo visionario, y en la reproducción de las ideas y sentimientos imperantes.

Porque se prolongaba y acentuaba la tendencia a nacionalizar la literatura, a dibujar nuestros paisajes, a revivir nuestra historia y a presentar nuestra humanidad. Conviviendo con estas psicopatías, la franca alegría, la gracia sana, el humorismo intrascendental, aparecían por todas partes haciendo caricaturas verbales en el chascarrillo, en la anécdota, en el cuadro de costumbres. Y, a par de los sucesos y movimientos sociales, la literatura se intensificaba y se multiplicaba. Difundíase por todos los Estados de la República. En Yucatán, que puede decirse que tiene un Parnaso aparte, y donde el doctor Sierra novelaba, y versificaba Wenceslao Alpuche; en Guanajuato, en donde soñaba un poeta ciego, Juan Valle, con horizontes luminosos; en Veracruz, que llenaban las rimas de don José María Esteva; en Puebla, en Michoacán, los centros literarios no se daban punto de reposo. La agitación de la vida estimulaba la producción.

### *El Nigromante*

En el fondo de las clases medias, asustándolas y dominándolas, se presentó una vez un hombre de aspecto sereno, pero de espíritu volcánico y arrebatado. Venía de la clase inferior, del subsuelo, de la morena muchedumbre. Era un indio, un ejemplar de la raza. El talento y la ilustración de este hombre se impusieron al medio y obraron sobre él como un martillo sobre un bloque de granito. Su nombre en mi país posee la virtud de la evocación. Y más que su nombre, el seudónimo con que firmaba sus escritos políticos: Ignacio Ramírez, *El Nigromante*. Quiero trasladar aquí un retrato a grandes rasgos, trazado por uno de nuestros historiógrafos.

*El Nigromante* —dice— hacía a la vista de los piadosos, de los devotos, de los gazmoños y tartufos del moderantismo, un papel especial: era el Mefistófeles de la Reforma, era un Satanás. La boca irónica y ligeramente contraída, como el arco al disparar el dardo, por el hábito de la burla implacable y del sarcasmo; la mirada brava, observadora, un poco insolente, llena de misericordia para todos los errores y miserias en el

fondo de la pupila negra. Ramírez, como ministro de don Benito Juárez, era una inquietud, una alarma; era el representante del espíritu anticatólico de la revolución. "No, decían todos, somos católicos, no venimos a hacer la guerra a la Iglesia, sino a los abusos del clero." Ramírez decía: "Vuestro deber es destruir el principio religioso, cristiano o católico, para que, emancipada la sociedad, ande."

### *Guillermo Prieto*

Venido de aquellos remotos tiempos hasta tocar casi los límites del siglo pasado, deslizándose, resbalándose, como por una rampa, de la época en que florecieron los rosales de los primeros románticos a los días de la fiebre modernista, andaba por esas calles de Dios, en la ciudad de México, un viejo singular a quien todos conocían, saludaban y seguían con más confiado cariño que respetuosa admiración. Era un anciano alto, inclinado por los años, vestido siempre de negro: amplia levita de volanderos faldones, pantalón caído y como desfajado, chambergo de anchas alas, y bajo el chambergo, asomándose hasta semicubrir las orejas y abrigar el pestorejo, la montera de dómine, que, cuando se libertaba de la carga del chapeo, dejaba que su borla de hilo de seda jugase caprichosamente con el aire. El rostro, de amarillo de marfil, surcado, atravesado, acuchillado por las movibles líneas de las arrugas incontables. La boca, grande e inquieta, rodeada de un bigote y una barba intrincadísimos y de blancura sucia. Los ojos pequeños, juguetones, aunque de pupilas apagadas y párpados cansados, detrás de los espejuelos de varillas doradas. Todo el personaje denotaba a las claras descuido y desenfado. La ropa no había tenido tratos con el cepillo, ni la barba con el peine. La camisa entablaba riña abierta con la corbata, y aquí y allá, a lo largo del chaleco, los botones se habían divorciado de sus respectivos ojales. En la mano, huesosa y percutida, una gruesa caña con puño de carey completaba la figura. El viejo marchaba arrastrando penosamente las plantas, mas con visibles señales de alegría en el ademán, y en el gesto. De pies a cabeza era aquel hombre una sonrisa. Casi nunca se le veía solo. Alguien, mozo o de edad madura, caminaba a su vera, del lado opuesto al del bastón, para darle el brazo y servir de accidental apoyo al risueño valetudinario. Con frecuencia, los muchachos voceadores de periódicos le seguían. El mundo entero le saludaba con idéntico modo:

—Adiós, maestro.

Y él, sin fijar la atención, contestaba el saludo de manera igual siempre.

—Adiós, hijo mío.

Era un poeta, un viejo poeta nacional, el amigo de Rodríguez Galván, el protegido de Fernando Calderón, el compañero de los Lacunza, el camarada de don Ignacio Ramírez, el ministro del Presidente Juárez. Era Guillermo Prieto. Su charla tenía una amenidad y un atractivo de cuento de abuelo. El ochentón había acumulado historia general y particular, historia vivida entre agitaciones políticas, hervores imaginativos, aventuras amorosas, regocijos populares, galanteos de salón, penas de exilio, cuchipandas estudiantiles. Era ya serio, ya picante. Sabía del episodio heroico, del trágico trance, de la anécdota libertina, del verde proloquio, del verso espiritual. Fue único en la literatura mexicana, a la que llevó al folklorismo, que, para incrustar sus ideas subversivas en el pueblo, creó, durante nuestra lucha de Independencia, don Joaquín Fernández de Lizardi. En sus odas patrióticas, en sus poemas eróticos, en sus poesía sentimentales, es arrebatado, obscuro, declamatorio. Abusa de las metáforas, las trunca, las estira, las *telescopia*. Es pródigo de tropos siderales: luz, astro, sol, cielo, infinito.

Pero si en el género amatorio y en el heroico este poema que trata de antaño la retórica lujuriosa de los románticos, resulta difuso y artificial, si ahora nos parecen hueca su sonoridad y vacíos sus tropos, es porque lo extraemos de su ambiente, de su época batalladora y tumultuosa, de su período jacobino, cuyo simplificado esquema acabo de hacer, y en el que toda voz tomaba entonación oratoria, toda emoción amplitud excesiva, todo brazo actitud frenética, todo pensamiento expresión pindárica.

Guillermo Prieto venía de los ideales de la Reforma, de los anhelos de la República, de los sueños de la Constitución, de los combates contra el Imperio de Maximiliano de Hapsburgo, de las proclamas contra la invasión francesa. Venía del destierro, de la miseria, de la gloria. Coloquémosle entre los rayos y truenos de su Sinaí, démosle por cuadro su tempestad revolucionaria, metámosle en la hornacina de su época, y veremos entonces cómo se transforman su artificio y su falsedad en verdadera y arrebatada inspiración.

Mas no está allí precisamente el poeta nacional. Ese está en el *Romancero de la Independencia y de la Reforma*, y,

tanto o más que en el *Romancero*, está en la *Musa Callejera*. En el *Romancero*, el poeta, siguiendo la huella de los anónimos juglares castellanos de la Edad Media, que forjaron la estu-penda y fragmentaria epopeya en el metro sonante a hierro y oro del romance antiguo, trató de exaltar los hechos culmi-nantes de nuestra lucha por la libertad. Mas no sólo se valió en su noble propósito de esa forma altisonante. Otra fue en la que alcanzó triunfos imperecederos. Espíritu soñador e iróni-co a un tiempo (como el *Nigromante*, aunque mucho menos trascendental que éste) entró en la lid de las ideas, esgrimien-do una arma formidable: la Sátira Su sátira versificada con-densó los anhelos de un pueblo. Y la sátira se hizo muchas veces canción guerrera. Las coplas de *Los Cangrejos*, por ejem-plo —una diatriba contra el partido clerical— eran musica-das por las bandas militares y coreadas por los soldados en el entusiasmo de las batallas. El poeta que por los ámbitos del país llevaba su cancioncita de libertad, entró más que el *Pen-sador* en el alma de las multitudes y las levantó y las enar-deció. Es esta una fase interesantísima del poeta nacional; la otra, como dije, es la de la *Musa Callejera*. Desaparece el satí-rico y permanece el soñador, mezclado de cuando en cuando con el humorista. El poeta en la *Musa Callejera* se vuelve pin-tor de género. Su papeleta está llena de colores. Y pinta, al aire libre, paisajes de la tierra, verbenas de barrio, gentes y costumbres populares: la *China* de castor lentejuelado; el *Charro* de sombrero entoquillado de plata; la *gata* voluptuosa, el indio ladino, el audaz guerrillero. Cada uno dice su pala-bra, habla su jerga, se mueve en su fondo: la calle estrecha y pringosa, el puesto de fruta, la barbería de guitarra y gallo, la casa de vecindario alborotador, todo típico y regional, todo vívido y matizado con admirable riqueza, a grumos y manchas de seguro efecto. Es la expresión, la manifestación de un pue-blo idealizado por la ternura y la fantasía de un gran poeta. Género tan circunscrito como éste no sale del terruño, pero a veces muestra extensión de humanidad, universalidad de sen-timientos y rompe el valladar nacional y traspasa las regiones fronteras. Guillermo Prieto fue nuestro Beránger. Cancionó las alegrías, los anhelos, los pesares de los seres que bullían en torno suyo. Adivinó, escudriñó, sacó a la luz el espíritu de los bajos fondos y le dio vida perdurable. Así declara él su voca-ción:



Y yo soy quien, vagando, cuentos fingía.  
Y los ecos del pueblo, que recogía,  
torné en cantares,  
porque era el pueblo humilde toda una ciencia,  
y era escudo en mis luchas con la indigencia  
y en mis pesares.

Y así pasaron cuarenta años de romanticismo, ya cuerdo. como el de José Monroy, ya loco, como el de Castillo y Lanzas, ya suave, como el de José Rosas Moreno; ya elegante, como el de Agustín Cuenca (de quien he de hablar en seguida); ya populachero y maldiciente, como el de Antonio Plaza, que canta fuera del arte y que, sin embargo, es un poeta inferior que ha podido sobrevivir por la espontaneidad y la sinceridad de su pesimismo.

Mas para concluir mi boceto del romanticismo mexicano, necesito presentar dos personalidades cuya fama ha recorrido la América: ya hice alusión a ellas: son don Manuel M. Flores y don Manuel Acuña.